

ADOLFO VILA VALENCIA

EPISODIOS GADITANOS

PIADOSA EVOCACIÓN DEL IMPONENTE MAREMOTO
QUE EN EL AÑO DE 1755 ASOLÓ POR UNAS HORAS
A LA CIUDAD DE CADIZ



LIBRO COMPUESTO POR EL AUTOR QUE ANTE-
CEDE, CON MOTIVO DEL II CENTENARIO DEL YA
CITADO Y TAN PAVOROSÍSIMO ACAECIMIENTO

A Ntra. Sra. la Stma. Virgen de la Palma

en su iglesia de la calle de San Leandro, en Cádiz.

Clementísima y celestial Reina: Nacido en el seno de esta bellísima Perla del Atlántico, y precisamente en una de aquellas calles que en fecha de hace doscientos años lamiera con su lengua de esmeralda y tisú el Océano inmenso, debo ahora, en que los momentos sónme bien propicios, ofrecerte esta quizá tardía muestra de mi gratitud, como hijo de aquel querido barrio de la Viña, que Tú extrajiste misericordiosamente de la horrible barahunda de las olas, cuando éstas quisieron hacer una nueva Atlántida de mi ciudad y de mi cuna

A Ti, pues, Madre mía, Mística Palma, gusto de dedicarte la presente modesta labor literaria de hoy, como filial testimonio de perpetuo agradecimiento por ese bien que hiciste a mis sufridos ascendientes y a cuantos, acogiéndose a tu manto del mejor cobijo, lograron ver de nuevo cuánto amas y defiendes a los que recurren a tu Misericordia en alguna de las innumerables tristes horas que nos afligen y quebrantan en la vida.

Nada valen estas letras—menos aún que el dúctil plomo y que la gualda cera, que al más leve calor se deshacen—, si no es la recta intención con que fueron y para lo que fueron trazadas. Y así como en este mundo nada tiene otro mérito ni valor que el de la buena voluntad con que se hace o el de la honrosa manera con que se mira, así a este librito mío de la hora presente no deseo más sino que Tú le encuentres esa voluntad mejor que yo quise fuese tinta y pluma con que exteriorizar en el recio papel de mi fe cristiana y en estas fechas mi reconocimiento a Ti por aquel señalado favor de un ayer pletórico de intensas, de emotivas sublimidades....

Con toda humildad y profundo afecto, besando tus purísimas plantas, este tu devoto hijo

Adolfo Vila Valencia

Cádiz, a finales de Octubre de 1955.

Imagen de Ntra. Sra. de la Palma



Se venera en el altar mayor de la parroquia del mismo nombre, siendo el consuelo de las almas atribuladas de tan simpático y querido barrio



A manera de obligado, pero corto, proemio

Porque son muchos los que bien con su indiferencia, o bien con su «no muy arraigada» incredulidad, niegan los favores de nuestra Madre del cielo ha prodigado a nuestra ciudad, y porque hoy quiso Ella, al concedernos días de cristiana vida, que extrajésemos del arca del secular silencio la perenne memoria de lo que en otras fechas quisiera ofrecer a nuestros paisanos cual muestra de su maternal ternura, porque Dios de todo mal saca bien, es por lo que llenos de espiritual gozo transcribimos estas cuartillas (bebido su zumo en viejos documentos), que no llevan otra simiente que la del conocimiento para todos cuantos hoy oigan hablar de estos tristes sucesos de otra época y no acierten a explicar de lo que se trata, lo que ello fuera y lo que dejó una vez más a la consideración de creyentes y de escépticos toda la bondad de MARIA, que no sin sabiduría fuese llamada «Consolatrix Afflictorum». (Consuelo de los Afligidos) cuando en trances de verdadero pavor hubo de invocársela, como así repetimos los que cremos en Ella y de Ella siempre necesitamos.

La Virgen de la Palma, chiquita en su imagen, pero colosal en su Comiseración, como «Omnipotencia Suplicante», nunca dejó entre los abismos de lágrimas y quejas a sus hijos de Cádiz, cuando requirieron su amparo, y por eso en el día y año que conoceremos en breve acudió presurosa, solícita, a enjugar tanto llanto, a acallar tantos ayes de dolor, a remediar tanto mal como en aquella aciaga mañana de Noviembre del 1755 ponía en el alegre cielo gaditano negros almazales de afligimiento, para que así enmudecieran por un no muy extendido lapso de tiempo el alborotar de los palillos y el suspirar de las censurables «puellas» de nuestro legendario pueblo.

Hé aquí, lector ignorado, no por ello menos distinguido, lo que vamos a referirte, para que lo conozcas, si no llegó a tu saber, o para que, meditando en ello nuévemente, lo cedas a otros para que con su lectura sientan brotar en su alma el fuego del más puro amor a la Virgen de Cádiz, que en su advocación del Rosario de la Palma quiso, supo y pudo en otro día de tribulación para nuestro pueblo imprimir en él los caracteres de la más pronta confianza en la que nunca dejase de absorber una lágrima luciente en los ojos de sus hijos y fué pronta para hacer emanar una feliz sonrisa de los labios más aheleados de sus devotos por la más penosa congoja.

Lee, pues, lector, con fruición e interés lo que sigue y extrae de todo ello los mejores frutos. Sea este librito—insignificante como quien lo escribiera—a modo de aljibe, del cual saques tú en las horas de espiritual sequía—que las suele haber—el agua confortable de la fe mayor, para que saciado con su frescor siempre agradable, te mueva asimismo a hacerte cantor piadoso de las glorias de MARIA, ya que ello será signo de tu predestinación y de tu paz en este sendero espinoso que todos hemos de cruzar en tanto vivimos, hasta que en el puntual reloj de los cielos suene la inexcusable hora de nuestra marcha a la Patria sin fin...

EL AUTOR

CAPÍTULO I

Donde se reproduce una página típica

La Fiesta de todos los Santos ha sido en la «Tacita de Plata», casi desde su institución el día 13 de Mayo del año 610, por el Papa Bonifacio IV, uno de los motivos para que los gaditanos gocen del modo que honesta y cívicamente saben hacerlo en todos y cada uno de sus festejos tradicionales. Resultando muy de notar que a las frutas de invierno que en la noche de su víspera—la de dicha Fiesta—por caprichoso apócope se las llaman los «tosantos», recordando con ello la verbena que por tal razón se ha venido celebrando en la noche del 31 de Octubre en el interior del Mercado Central (situado en los terrenos de lo que fué huerta de los Franciscos Descalzos y levantado primeramente el año 1823, si bien el Ayuntamiento de 1837 hizo levantar la existente hoy, reformada en parte por don Ramón de Carranza durante su ocupación de la Alcaldía por los años 1929; su arquitectura es obra de don Juan Daura, constando de 72 vistosas columnas de orden griego de 4,18 mts. de altura cada una. Tuvo de costo la construcción de esta plaza la cantidad de 371.447, 91 pesetas).

A dicha verbena concurrió siempre todo nuestro pueblo con sus canastos propios para adquirir—entre estampidos de cohetes y pasodobles por una banda de música—las opulentas zampoñas, los rosados peros, las clásicas camuesas, y no dejando de mirar a otros vendedores que tenían castañas... «pelonas», etc., amén, ¡ay!, de las galas tablajeras que en sus ganchos oscuros y punzantes abrieron el apetito de cuantos con las sangrantes longanizas, las relucientes pellas de mantecas bicolors, los mofletudos lechones y aquel penetrante tormento del olfato se afurdían, cuyo sutil tufillo no de otro grasiento combustible que de los humeantes chicharrones proviniera. Con motivo de estas fiestas novembrinas, el renombrado actor don Julián Romea escribió un sainete que tituló «Los tosantos», que por sus ocu-

rrencias y la «bis cómica» que dicho artista ponía en la interpretación de su obra era un verdadero recreo el acudir a su representación. Pero volvamos la vista hacia un ilustre personaje que como hijo de Cádiz disponía de todo el gracejo que el Sumo Hacedor quiso infundir a los naturales de esta tierra, el Excmo. Sr. Obispo D José María Rancés y Villanueva, de recio abolengo gaditano, pero de una gracia tan popular como aristocrática. Predicando una vez en nuestra iglesia de Santa Catalina (llamada de Capuchinos por la Comunidad que de tales Religiosos existiera allí en cierto tiempo), y precisamente el día 1.º de Noviembre, acabado de subir al púlpito para tratar de la fiesta correspondiente, empezó de esta manera:

—Al hablaros hoy de Todos los Santos me dirán ustedes: «Padre, ¿se refiere usted a aquello que hay en la plaza..., a los membrillos, a las batatas...?». ¡Ca, hijos míos—se respondía el mismo Prelado, con tan buena sombra que era para observarlo—, ni una nuez!

Toda la iglesia prorrumpió en risas, ya que don José tenía para comprar, no una nuez, sino un saco de mollaras, aunque le entrasen algunas «porías»..... De ahí que aquel día 1.º de Noviembre, cuando aún estaban las carteleras asequibles para luego anunciar el «Don Juan Tenorio», cuando los crisantemos formaban mercables coronas que por la tarde enmarcarían los arqueados nichos de nuestra Necrópolis, cuando en el espacio buscaba sitio el bronce campanil anunciando la salida procesional de la Virgencita de la Palma en las tornasoladas horas vespertinas, imagen tan aplaudida por aquel barrio libre del maremoto de 1755, no faltaba en el ambiente de la ciudad de los tres «Muy» el eco socarrón y respetable de nuestro simpatiquísimo Obispo, pues la virtud no está reñida con el buen humor—ya lo dijo Santa Teresa—y don José María Rancés y Villanueva, supo hermanar siempre de hábil modo las saludables enseñanzas de la Doctrina de Cristo con la donosidad de este pueblo que hasta llorando canta y hasta riendo sabe doblar sus rodillas, tremulantes de fervor, ante la Majestad Divina y ante la Inmaculada Pureza de la Deípara Reina de los ángeles y de los hombres.

CAPÍTULO II

En el que se dan a conocer los históricos orígenes de la Fiesta de Todos los Santos

A muy remoto siglo hemos de llevar nuestra memoria; por ello, ¿cómo abarcar nuestros tiempos y los pasados con esa facilidad con la que el águila se eleva y el pececillo se hunde en el mar? Sin embar-

go, la cuidada consulta de libros que escribieran los que nos precedieron hacen posible nuestra labor, porque no hay hombre sin hombre ni libro sin libro: ambos está decretado formen continua sociedad y así se hacen relativamente sencillas ciertas tareas que muy árduas resultarían de no existir esa grata afinidad común y de todos los siglos, que hasta hoy ha venido siendo inalterable.

La Fiesta de Todos los Santos se instituyó en Roma por el Papa Bonifacio IV, en honra de la gloriosísima Virgen MARIA y de todos los santos mártires, consagrando al Señor aquel suntuosísimo templo que Marco Agripa, ciudadano romano y gran privado del emperador Octaviano Augusto, había dedicado a Júpiter Vengador después de la batalla naval que Octaviano tuvo contra Marco Antonio, vencéndole. Llamó Agripa a este templo «Panteón», es decir, «casa de todos los dioses», porque en dicho templo eran venerados todos los que formaban la ingeniosa Mitología de la antigüedad. Esta determinación del Papa Bonifacio no fué sino siguiendo la orden de los cristianos, que desde que el emperador Constantino se convirtió a nuestra fe no cesaron en derribar muy magníficos y maravillosos templos de los gentiles, como el de Serapis, en Alejandría; el de Marna, en Gaza; el de Júpiter, en Apamena; el de Celeste, en Cartago, y otros muchos más.

El antiguo «Panteón», al ser convertido a iglesia cristiana, fué denominado de «Sancta María ad Martyres», llamándose luego Nuestra Señora de la Rotunda, y dicha fiesta ordenó el mencionado Pontífice se celebrase en Roma el 13 de Mayo del 610, en que se hizo la dedicación, y en este día se hizo constar en el Martirologio romano. El Cardenal Baronio dice que en un libro antiguo de aquella iglesia, escrito de mano, halló que se levantaron y colocaron en ella con gran solemnidad veintiocho carros de huesos de santos mártires, sacados de diversos cementerios de aquella santa ciudad. Esto dió ocasión para que profanamente se diera nombre de «huesos de santos» a esos dulces que por estas fechas de primeros de Noviembre se expenden como artículo propio de tales días.

Pero fuera aparte de lo que dictaminara el Papa Bonifacio IV, algo más tarde, Gregorio IV, Papa que murió en 844, ordenó que la dicha Fiesta de Todos los Santos que se hacía en Roma el 13 de Mayo en honra de Nuestra Señora y de todos los mártires, se hiciese el 1.º de Noviembre por toda la cristiandad en reverencia de todos los santos confesores y moradores del cielo. Por esto se llama como hoy la conocemos y se guarda en toda la Iglesia Católica y muy particularmente en la de Nuestra Señora de la Rotunda de Roma.

La principal razón de haber instituido esta fiesta es la de animarnos a la imitación de los bienaventurados del cielo, en sus virtudes, no

debiendo introducirse en aquélla cosa que pueda desdecir de cuanto se celebración significa, aun cuando el degustar unos «buñuelitos de viento» o digerir unas frutas, unos «tosantos», como decimos aquí, en Cádiz, no sea ofensa para Dios; pero, antes de llevarlos a la boca, pensemos que todos esos productos de la tierra y esos guluzmeos del obrador nos vienen de El y que por ello debemos darle gracias y bendecir su Nombre.

CAPÍTULO III

Donde se da cuenta de un triste mensaje lusitano

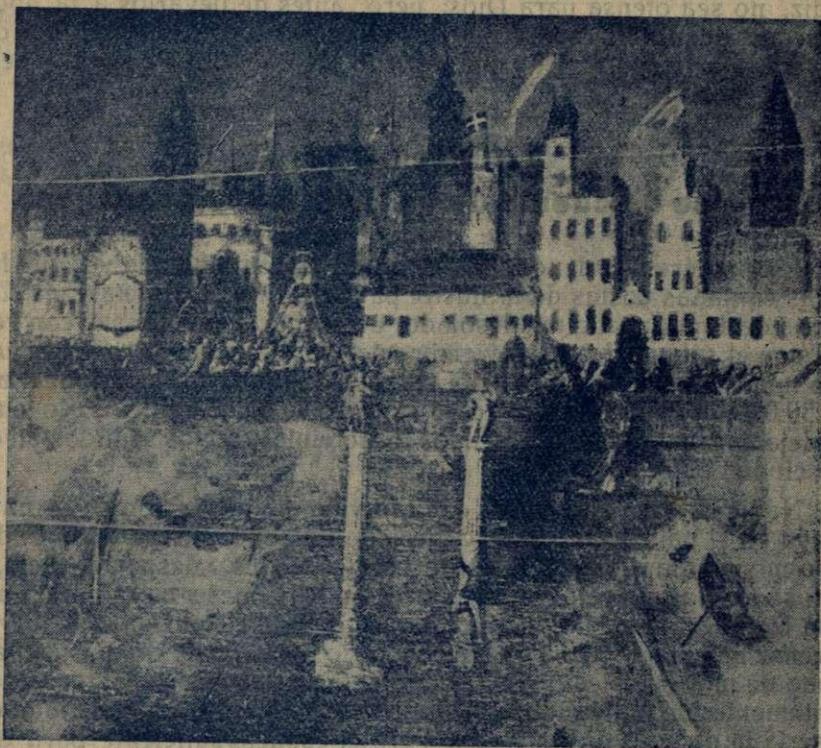
Así pudiéramos denominar al citado maremoto, toda vez que fué de las cantadas costas de la ilustre patria del ínclito poeta Luis Camoens de donde partió tan desolador accidente, pues consta con verdad que el sábado 1.º de Noviembre de 1755 causó en Lisboa tan crecido número de víctimas la dicha conmoción, que excedió en mucho a las 30.000, destruyendo por completo más de 6.000 edificios, lo cual no deja espacio a que descreamos los terribles efectos sentidos en dicha ciudad portuguesa.

Nadie pudiera suponerse que tan violenta alteración de la naturaleza en el país vecino repercutiera de no conocido modo en Cádiz, cuyo mismo día amaneció con horizontes claros y despejado cielo, si bien se notó algún calor nada natural en dicho mes y a esa hora, pues eran las nueve y media de la mañana cuando se comenzó a sentir un estremecimiento de tierra que poco a poco fué arreciando, hasta el extremo de mover los edificios con violentos y desmesurados vaivenes. Lentamente fué mitigándose, hasta terminar. La duración de todo esto sería la de unos diez minutos. Pero el espacio suficiente para que con razón se alborotase toda la ciudad. No había en ella más que confusión, llanto, lamentaciones y desdichas esperadas. Mas sosegose al fin la alteración de los ánimos, viendo que el estrago que habían causado los sacudimientos de la tierra se había reducido a la caída total de algunas casas ya ruinosas. Por ello, parecía vuelta la proverbial calma de este pueblo, que sólo ante un amenazante cataclismo como el presente, entonces, o ante un movimiento nacional por defender a la Patria, suele despertarse de su sueño noble y alzar su voz como en el 2 de Mayo de 1808, o en otras fechas en que se hicieran dignas de repetir las inmortales décimas de Bernardo López García: «Oigo, Patria, tu aflicción», etc.

Pero el peligro sólo parecía haberse escondido, ya que a poco y hallándose limpios los horizontes y el viento en sosiego, en breves minutos se retiró el mar. Ello causó extrañeza. Mas a seguidas volvió

Cuadro representativo del maremoto de 1755

existente en la escalera principal de nuestras Casas Consistoriales



Nuestra Señora del Rosario, ante las aguas que entraron por el muelle, impone su amor y logra que vuelvan al mar las olas embravecidas.



sobre Cádiz con altas y furibundas olas y con apariencias de arrancar, destruir y llevarse arrebatadamente toda la ciudad. Fueron momentos indescriptibles. Aquí la pluma de este cronista se sobrecoge. Entrando el agua por la Caleta, pronto inundó las calles y casas situadas en sus cercanías, después de haber deshecho del toda el lienzo de muralla que la hacía frente. Todas ellas fueron anegadas con poca mortandad de personas, pues las más buscaron amparo en las azoteas, lugares salvos de la inundación. Pero ello no era excusa para que todo el barrio de la Viña estuviese consternado. En la casa donde luego nació el que esto escribe se oía con pavor el rugido del oleaje. La calle de la Amargura (hoy Gral. Queipo de Llano) ofrecía en su declive paso libre a las aguas, que subían a la altura de tres o cuatro varas bien medidas. Por la Puerta de Sevilla y por la del Mar (entonces estaba nuestra ciudad cercada de murallas, las que tenían cuatro puertas) también entraron las hinchadas ondas en arrollador tumulto, pero no causaron el estrago que en la Caleta. Por el arrecife se juntaron los dos mares, anegando a cuantos iban huyendo como de una nueva Pompeya, en sus ruínas, hacia la Isla de León. Unos 150 pasos fué lo que llegaron a avanzar las aguas que entraron por las mencionadas Puertas del Mar y de Sevilla.

No obstante, los Religiosos del Convento de Santo Domingo expusieron al público la imagen de la Virgen del Rosario, aún no declarada Patrona de Cádiz, con el rostro vuelto hacia la bahía. Dicho Patronato fué pedido y otorgado en la fecha que luego se consignará. ¿Obedecería el mar la orden imperiosa de la Reina de los ángeles, que solamente con su presencia inducía a la calma, al retorno de las olas a su propio seno? Allí estaba la Estrella del Mar, con su mirada de mando ante el camino hacia otro mundo. Allí estaba la Confianza de los gaditanos que no podrían dudar nunca de la protección de su celestial Madre. Pero la amenaza del mar seguía. Indudablemente podría imaginarse que algo transcendental se avecinaba.

CAPÍTULO IV

Terror y lágrimas en el barrio de la Viña

No fué tan suave el ímpetu de la marejada por el viejo Campo del Salado, hoy llamado del Sur. De la parte de Levante del castillo de San Sebastián y del Poniente de la ciudad, y a la distancia como de media legua del dicho castillo, levantose el mar en embravecidas olas y vino sobre el trozo de muralla que está entre la puerta de la Caleta y el castillo, derribándolo y arrastrando consigo cuanto a su arrasante y temible paso encontró.

Pudiéramos decir que la ciudad había abierto amplios portales y que por ellos el agua avanzaba solemne, con el cortejo de todos sus infortunios y al son de aquella lúgubre música que produjera su especie de aullido al verse dueña de un pueblo que ante sus fieros zarzapos gemía y buscaba remedio para tan cercano mal. El Océano, hecho en aquellos instantes líquido brazo que pretendiera abarcar la superficie total de Cádiz, avanzaba vertiginosamente, vorazmente. Y atravesó las calles del Angel, Jesús, María y José, San Félix, Carretas (luego Lubet) y Consolación, llegando a la de la Palma (o de San Leandro). La desolación era general. Por todas partes no se oían más que gritos de dolor, voces de espanto; por doquier no se veían más que caras contraídas por el sobresalto, ojos llenos de lágrimas, corazones comprimidos de temor, manos elevadas al cielo pidiendo clemencia, muebles y enseres varios que el agua arrancó de los pisos bajos y de las accesorias, personas que no pudiendo llegar a sus casas, porque la avalancha marina se lo obstaculizaba, parecían llamar a sus familiares con la vista fuera de su centro... Momentos apocalípticos... Instantes de sin par tragedia.. El cielo y la tierra parecían confundirse en un solo punto: el de la barrera de mar que a pasos inverosímiles iba ganando por segundos espacio por entre los distintos rincones de aquel barrio marinerero que ahora no tenía más nave en que salvarse del naufragio que su fe ante un piélago sin valla como era todo aquel circuito de Cádiz en amenaza de ser absorbido completamente por el mar y convertido en un nuevo abismo.

Pero alguien, quizá algún rudo marinerero, cuya fe es algo superior a las de sus convecinos; alguien, inspirados tal vez por ese mismo temor que infunden las tenebrosidades del líquido elemento, insinuó una idea bien feliz en la desgracia, un supremo recurso ante la irremediable angustia, una inigualable guindola de salvación, y en aglomerado conjunto muchos moradores de aquel doliente barrio decidieron correr en aras de una confianza sin límites en busca del más acertado favor, tras la clemente Brújula que en su graciosa bitácora sólo esperaba que requiriesen su valimiento. Caja de gran valor, bitácora rica era en aquel trance la Parroquia de la Palma y Brújula cierta representaba ser la blanca Virgencita que en su altar mayor pareció sonreír cuando vió penetrar a sus hijos en aquella capilla que un día fundara el celoso misionero Fray Pablo de Cádiz (en el siglo, Pedro Patrón), al tiempo que en dicho altar celebraba el agosto sacrificio de la misa (eran las once de la mañana) un religioso del próximo convento de Capuchinos, Fray Bernardo de Cádiz, quien ignorante de lo que pasaba, preguntó la causa de tal novedad, pues no hay que decir que cuantos habían entrado en el pequeño templo se hallaban postrados en tierra, vertiendo lágrimas de compunción y de



La calle de la Palma en 1755, momentos antes de realizarse el milagro.

fervorosa súplica. Sabidos ya por Fray Bernardo los motivos de lo que en un momento le sorprendiera, dió por terminada la misa, pues ya había sumido las especies sacramentales, y volviéndose al pueblo, que le pedía confesión, y no pudiendo acceder a ello toda vez que las aguas avanzaban impetuosas, exhortólos a todos, tomó un Crucifijo (que todavía se conserva en dicha iglesia) y se dirigió a la calle, revestido como se hallaba con las vestiduras sacerdotales. Mas apareciendo unos segundos antes el capellán de aquella iglesia, don Francisco Macías, y al ver salir al Religioso al encuentro de las aguas, lleno aquel venerable sacerdote de un santo ardimiento, robustecida su alma con una firme esperanza e iluminado por una súbita inspiración, arrebató el guión de la Virgen de la Palma y sale fuera de aquel sagrado recinto, gritando a cuantos se hallaban acogidos a aquel reducido templo:

— ¡Seguidnos!

¿Qué iba a hacer aquel ministro de Dios? ¿Qué poderosa y alentadora fe le impulsaba? ¿Cómo imponerse un débil mortal al indómito zarpazo de aquella inmensidad oceánica que quiso desahogar sus furias sobre el pacífico suelo de la antigua «Gades»? Todos siguieron, llenos de confianza sus corazones, al que empuñando el estandarte de la Virgen, cual otro Constantino enarbolara el lábaro triunfante con la Cruz de Cristo, iba a escribir una magnífica página mariana auténticamente local. Y no con letras de oro ni de la mejor pedrería, sino con nimbos de la más alta gloria. Cádiz iba a ser escenario y testigo de la indudable protección del Cielo por mediación incontrovertible de MARIA. Impávido don Francisco se dirige al encuentro de las bramadoras aguas y clavando en tierra el guión, precisamente en el mismo lugar de que ya iban a posesionarse aquéllas, pronunció con firme acento las siguientes palabras que todos percibieron claramente, emocionadamente:

— ¡HASTA AQUÍ, MADRE MÍA, Y NO MÁS!!....

¡No más!, parecía repetir junto al trono de Dios toda la angelical milicia. ¡No más!, parecía repetir la Reina de los Mártires a los pies de su Hijo radiante de esplendor. Y no más fué. Porque cayendo el sacerdote y el pueblo de hinojos ante la imagen de la Virgen, que en aquellos momentos sonrió, sí, lo vieron los ojos de la fe de todos los gaditanos, el curso de las aguas se detuvo... La Virgen sonrió entonces, mientras hoy nosotros acaso lloremos considerando el delicado trance, el tiernísimo suceso... Porque nunca podremos nosotros darnos exacta cuenta de lo que aquello fuese, de lo que pudiera haber sido, tal vez una nueva Herculano, tal vez lo que impidiera el evocar lo hoy... Cádiz, en aquella sorprendente mañana, fué naonata paloma

que nació en el dulce bajel de la misericordia de la Virgen, que no reconoce escollos de ninguna clase. Se ha dicho—no sé si con indiscutible fundamento—que nuestro glorioso paisano el Beato Fray Diego José de Cádiz expuso en cierta ocasión que nuestra ciudad venía a ser como confiada ovejuela ante un fiero lobo, el mar, y que nada difícil sería que ese lobo devorase alguna vez a esa ovejuela. Por otra parte, el célebre historiador italiano César Cantú consigna en su «Historia Universal», que en la primera época todo el espacio que hoy ocupa el mar Mediterráneo era cubierto por populosas y florecientes ciudades, las que, víctimas de una brusca agitación de la Naturaleza, fueron sepultadas en las profundidades del inmenso piélagos, para que así todo aquello quedase hecho mar. E iguales, o parecidas causas, dieron lugar a la formación de las diferentes islas que hoy constituyen el mar Adriático (incluyéndose en ello los canales de Venecia), como asimismo otros puntos de nuestro globo muestran la influencia del mar y los efectos de su incontenible invasión. Dejando claro todo cuanto a este respecto dijimos, que si el patente prodigio del 1.º de Noviembre de 1755 no hubiera puesto como irrebalsable dique a las desenfrenadas aguas que de tan atemorizante modo lamieron parte de nuestra ciudad, seguramente hoy sería Cádiz una como dilatación del Océano Atlántico, y no faltaría tampoco algún cantor de gesta que ante nuestra fatal inmersión dejara oír al resto del mundo superviviente algún que otro trozo de elejía como este:

«Aquí fué Cádiz, la famosa un día,
que ante el agua que la cubre se jactara;
aquí fué Cádiz, que jamás creería
que el mar a quien cantó la sepultura..»

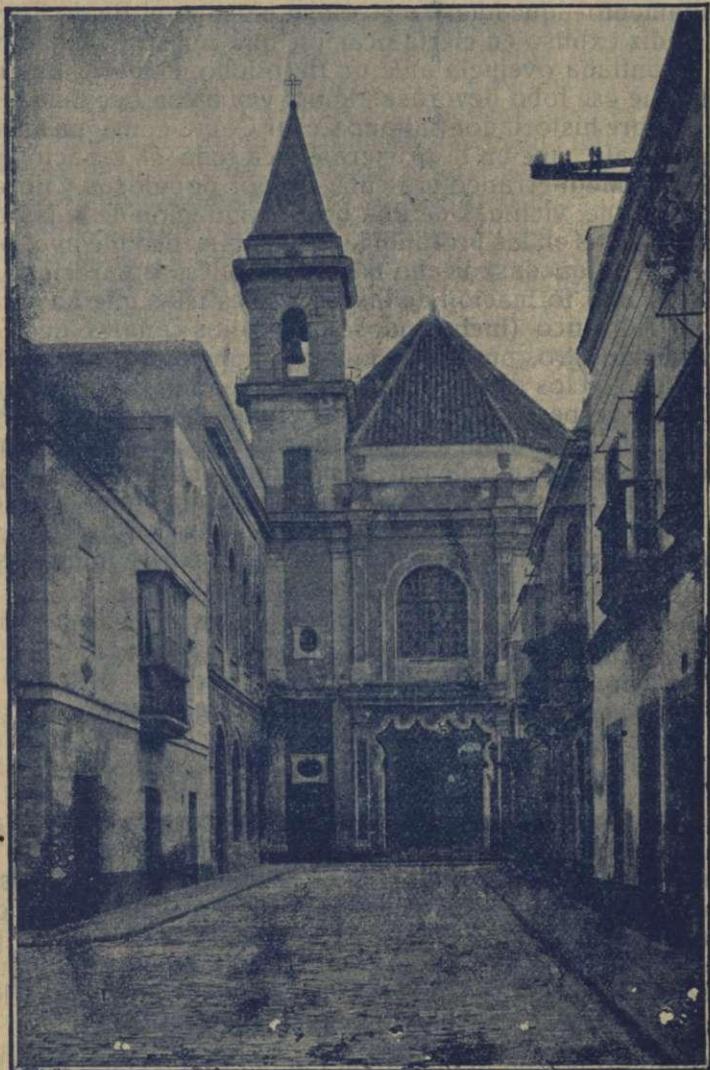
CAPÍTULO V

Donde se habla un poco de la Parroquia de la Palma

Suspendamos por breves instantes la ilación del portentoso acontecimiento de que nos venimos ocupando y tracemos unas ligeras líneas para hablar de aquella iglesita de la cual saliera aquel piadoso cortejo que iba a ser espectador fervoroso de algo que la pluma no podrá escribir nunca con el preciso tino ni el orador más elocuente conseguirá jamás exponer con los exactos conceptos.

La capilla o iglesia de la Palma cuenta de erección aquella cantidad de años que median desde el 1692 hasta el actual Terminóse su construcción el día 28 de Agosto del año expuesto y tuvo por primer nombre el de la Encarnación; luego, desde 1708, fué designada con e de la Palma, que hoy lleva. Contribuyó mucho a su edificación la ge

La calle de la Palma, actualmente



En el fondo de la calle San Leandro (antes de la Palma), de cara al mar, se alza una de las más típicas capillas de Cádiz

nerosa dama gaditana doña María Peñalva, quien para ello cedió el terreno necesario en una viña cercana llamada del Malavá, por lo que dicho barrio se llama de la Viña, debiéndose todo ello a instancias de Fray Pablo de Cádiz, celoso misionero capuchino, quien organizando cofradías para fomentar y perpetuar la devoción al Santo Rosario cantado públicamente, hizo necesarias estas capillas—como la de la Pastora—a cuya erección contribuyeron no pocas personas que gustosas en honrar a Nuestra Señora no paraban mientes en emplear dinero y trabajo en tan hermosa empresa.

En tiempos del obispo don Jaime Catalá fué elevada la iglesia de la Palma (1) a la categoría de ayuda de Parroquia, y luego el obispo don Marcial López Criado la erigió en Parroquia debido al gran número de fieles que había experimentado aquel barrio.

CAPÍTULO VI

En el que podemos considerar un Innegable milagro de la fe

Decíamos un poco más arriba que el agua retrocedió ante las palabras poderosas del sacerdote. Los infelices y asustados vecinos, que no habían podido salir de sus casas, contemplaban asomados a los balcones, ventanas y azoteas el religioso y sublime cuadro que ofrecía la calle, y uniéndose en espíritu a aquéllos, postraron sus rodillas, confundiendo sus oraciones con las de don Francisco Macías, las de Fray Bernardo de Cádiz y las de sus acompañantes. Todo, en aquellos momentos era una imponente plegaria de gratitud, un himno de alabanza a la Estrella del Mar, que allí quiso brillar en toda su plenitud, con su atracción y cautividad de muchos corazones.

Las olas, como recogidas por misteriosa mano, lanzaron un prolongado gemido y humillada su altivez, tornaron a su dilatado cauce empujándose, rompiéndose las unas con las otras, en precipitada confusión, replegándose como ejército que huye. El alegre barrio sintió de nuevo el alborozo de sus guitarras y el repiqueteo de sus alegrías. Pero dejemos que nos relate mejor un cronista de aquella época:

«Había pasado la obscura nube que velara por unas horas el lúcido cielo de Cádiz. Mi pueblo volvería a cantar, tornaría a reír, mientras en sus noches claras la frágil barquilla del viejo pescador—«mariscaor», a veces—se perdía

(1) Nos es agradable recomendar al lector la curiosa y bien documentada obra «Iglesias de Cádiz», del erudito escritor don Ricardo Moreno Criado, donde el lector podrá obtener unas completas noticias sobre esta antigua capilla, las que aquí no transcribimos por no hacer demasiado prolijo este trabajo, y porque extraerlas sería sinónimo de restarles muchísimo interés.

tras del faro de San Sebastián, para volver con la aurora trayendo algunos cumplidos «ranchos» para su amada familia. Consignemos ahora un episodio que tuvo lugar en aquellos momentos en los que las aguas iban dominando la calle del Angel y que tuvo como desgarrador preludio el «¡Ay!» potente y hondo de una pobre mujer que contemplaba cómo de la accesoria en que vivía pudo el agua arrebatarse la cuna donde dormía su pequeño niño, que seguramente sería de vorado por las fieras alimañas de las encrespadas y arrojantes olas. Desde un balcón de la misma casa aquella mujer, enloquecida, pedía favor para su hijito, auxilio para aquel pedazo de su alma que era juguete del oleaje, cual otro Moisés dormido en aquella cestilla abandonada en la orilla del Nilo. La cuna flotaba en medio de las aguas, dando vaivenes que despertaron al angelito, cuyas balbuceantes palabras quizá fuesen: «¡Ma-má!», y que dió lugar a la copla que luego se cantara por todos en Cádiz y muy especialmente durante el recorrido de la procesión anual y conmemorativa de tal suceso:

«Un tierno infante
que reposaba
víctima triste
fué de las aguas.»

—¡Mi hijo! ¡Coge a mi hijo!—gritaba aquella desolada madre a un marinero que se había arrojado en una barquichuela para prestar algún salvamento posible.

Y el arrojado zagalón, luchando con la fuerza del mar, que pretendía hundir en su vorágine a la nave protectora, en una maniobra feliz, titánica, atrapa la cunita con una mano, mientras con la otra extrae al crío, que, a poco, bamboleándose el barco por el empuje del oleaje, se lo entrega a su madre que desde dicho balcón presenciaba tan conmovedora escena, arriesgada hasta lo sumo, pero rematada tan afortunadamente. ¡Por fin! ¡Por fin aquella madre, en visperas de haber roto en el más desconcertante histerismo, llora de alegría, enloquece de dicha apretando contra su pecho al inocente chiquitín, que ya creía envuelto entre la blanca espuma del Océano; llora de ventura, porque su hijito está en sus brazos y la trastorna aún más con su angélica sonrisa.»

Porque el niño no murió. José Ponce Garcia, ya anciano, describía a sus conocidos la pintura de aquel horrendo cuadro, según se lo habían contado sus padres. Y aseguraban personas que lo conocieron, que no hubo día en que no fuese a visitar a la Virgen de la Palma, a quien siempre atribuyó el haber salido él con vida en aquella azarosa mañana de Todos los Santos, en la que todos presenciaron la heroica hazaña del muchacho pescador, celebraron su arrojo y le miraron siempre con esa complacencia y esa admiración con que son dignos de contemplarse a las almas abnegadas y bienhechoras, a los espíritus próceres, cuya más loable ejecutoria fué cifrada por esa rica virtud del verdadero amor al prójimo.

¡Y cuán justo era que así fuese estimada en el barrio de la Viña la sencilla persona de aquel chaval de pies desnudos y pantalones arremangados, que con un valor grande salvó la vida de un querubín!

CAPÍTULO VII

En donde se siguen los mismos detalles de tan singular acaecimiento

Sosegado todo, lejos el peligro, al parecer, el gobernador de Cádiz, don Antonio Azlor, dispuso que no se permitiese a persona alguna salir de la ciudad por Puerta de Tierra, y que se hiciesen aquella noche prevenciones de barriles de alquitrán y hachas de viento, para que si se repetía el terremoto y las embestidas del mar, se iluminasen las calles y en semejante confusión no se anduviese a ciegas. Prudente medida que pudiera evitar desdichas muy sensibles, como así las evitó, por cierto, la enérgica resolución de don Manuel Bonco, capitán de granaderos del regimiento de Soria, que se hallaba de guardia en la Puerta de Tierra, pues viendo este caballero la multitud que corría a huir de la ciudad, y conociendo que todos iban a perecer al punto que se juntaran los dos mares, como así aconteció, no solamente dispuso que las Puertas de la ciudad fuesen cerradas, sino también que sus tropas calasen la bayoneta y resistiesen al pueblo que, ciego en su peligro, se lanzaba a buscar otro mayor.

Unos treinta, entre viajeros y traficantes, perecieron en el camino de la Isla. Sus cadáveres se recogieron por la Hermandad de la Caridad, para darles sepultura. E igual fin hubieran tenido cuantos habitaban el barrio de la Viña, donde la tragedia fué tan real. Pero quiso la Bienaventurada Madre de Dios mostrar su poderosa misericordia en socorro de sus hijos gaditanos. Y su prodigio no pudo ser más evidente. La calle de la Palma, como todavía hoy puede advertirse, forma declive hacia la capilla que en ella existe; esto, no obstante, las olas, venciendo a la misma ley de gravedad, volvieron hacia atrás, pero se encontraron con otras nuevas montañas de agua y buscaron salida tomando por la calle Consolación, extendiéndose por los llamados callejones de Peñalba hasta llegar a la de Capuchinos, resultando que avanzando así por la calle paralela a la de la Palma, nada menos que 117 pasos, no pudieron adelantar un paso más ante el estandarte de la Virgen (1), de terciopelo de color de naranja y que era el que salía en el rosario cantado. Mas el milagro no era solamente en favor de los hijos de aquel barrio. Por eso también cedieron en su fiereza las aguas del muelle y ante la misma Virgen, aunque en diferente y no menos bella efigie.

(1) La imagen de la Virgen de la Palma es de talla, pero dispuesta para vestir, mide tres cuartas y es linda y muy agraciada. Es probable que fuera donación de los Sres. de Peñalba, que la tendrían en su oratorio al fundarse la Cofradía. Su autor es desconocido.

Retablo de la calle de la Palma



Cuadro colocado a la altura del lugar a que en dicha calle llegaron las aguas, y que muestra a las generaciones lo mucho que debe Cádiz a la protección de MARÍA.

Las aguas estuvieron acercándose y retirándose durante el espacio de veinte horas, si bien las avenidas subsiguientes fueron cada vez menores; hasta que a la mañana del siguiente día ya eran imperceptibles. La gracia hecha a este pueblo por Nuestra Señora del Rosario estaba consumada.

El entonces obispo de esta diócesis, Ilmo. Sr. D. Fray Tomás del Valle, Religioso Dominicano, que en el día del maremoto se hallaba en la villa de Puerto Real, viendo que el mar amenazaba devorar a esta ciudad, exclamó profundamente dolorido: «¡Ay, Cádiz, Dios tenga de ti misericordia!» Y sin temor a los peligros a que se exponía, se trasladó inmediatamente a nuestra ciudad, para consolar a su pueblo y celebrar rogativas públicas, implorando la divina clemencia, y publicando a los tres días de la mencionada catástrofe un edicto dando cuenta del hecho y disposiciones adoptadas en el orden espiritual y cuyo texto dice así:

EDICTO

Don Fray Tomás del Valle, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Cádiz y Algeciras, del Consejo de S. M., su Capellán Mayor y Vicario General de la Real Armada del mar Océano, etc.

A todos los fieles de esta Ciudad: Salud, consolación y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Después de la terrible, espantosa y a nuestros ojos jamás vista tormenta del temblor de tierra, y enfurecida braveza del mar, en cuyos aparatos y horribles efectos llegamos a temer el sábado próximo, no sin fundamento, el que a Cádiz se lo hubiese tragado este voraz cristalino golfo; provida la Iglesia nuestra madre, aún no bien calmado el susto, y vistiéndose del espíritu que la anima, salió al encuentro a nuestras aflicciones: intimidándonos, por general consuelo por parte de Dios, el siguiente gratísimo edicto, en el introito de la Misa, de la dominica inmediata, que fué ayer, deducida del capítulo 29 de Jeremías, profeta, dice el Señor: «Yo tengo pensamiento de paz, y no esos tan turbulentos que habeis tenido; me invocareis, y yo os oiré muy pronto»; todo alusivo a la extraña tormenta que padecieron los discípulos en las orillas de la mar, de que hace memoria el evangelio de dicho día; y viendo Nos, y otro tan oportuno igual, como que parecen idénticos los casos; no podemos dejar de repetiros que Dios en estos aparatos tormentosos no tiene pensamientos de guerra, sino de dulcísimos preparativos al establecimiento de la interminable paz, que quiere hacer con nuestras almas, llamándolas con el espanto, y buscándolas con el movimiento de la tierra, efecto de la solicitud de sus pasos, haciéndose sentir en el retroceso del mar y en la furiosa cometida de sus olas; en las que a su vuelta si el Señor no viniera de paz ya hubiéramos perecido todos; y manifestándonos por último que si no lo tenemos de su

parte estos amenazados castigos los experimentaremos en un instante, estragos sobre nosotros. No quiera el Señor de las Misericordias que nos mantengamos tan rebeldes y tan endurecidos que no lleguemos a percibir el ruido de sus divinos piadosos pensamientos; ni quiera Su Majestad que siguiendo Cádiz la inmensa libertad que se ha tomado en la profanidad, obscenidad y descompuesta compostura de su adorno, en que ya olvidando lo cristiano se pone todo el estudio en lo gentil y más arriesgado de la brillante ostentación con que se procura tapar el barro de nuestra mortal fetidez; acaso (acaso fatalísimo) lleguemos a vernos todos bajo el cuchillo de la Divina severidad y venganza, que no tardará, en no quitando nosotros las puntas aceradas de nuestros yerros, y culpas, que con tanto extremo en concurrencia y diversiones, que corrompen la moral cristiana, avivan su veloz movimiento.

A este fin, habido aquí por repetido el mencionado Edicto de Jeremías, profeta, llamamos y convidamos a todos los fieles de esta Ciudad a penitencia, compunción y llanto de nuestras culpas, por medio de un ayuno riguroso según las fuerzas de cada uno en el día de mañana miércoles 5, en el que con acuerdo de los Ilustrísimos Cabildos Eclesiástico y Secular de esta Ciudad, hemos determinado salir por la tarde, llevando en procesión las dos hermosas efigies de Nuestros Santos Patronos San Servando y Germano cuya sangre regó esta tierra, que parece se nos quiere huir de nosotros por no poder tolerar el gravísimo peso de nuestras deformidades; y conduciendo también el relicario del Lignum Crucis, con cuyo trofeo de la Pasión del Señor y Santas Imágenes, nos encaminaremos a la iglesia de Ntro. Padre Santo Domingo con la más devota rogativa, a poner a los pies de la Santísima Virgen del Rosario nuestros humillados contritos corazones, ya arrepentidos de haber lajado tanto las riendas; para lo que convocamos, citamos y pedimos a todos los fieles moradores de esta Ciudad, que tengan a bien acompañarnos, tanto en la estación dicha cuanto en la eficacia de pedir a Dios perdón y misericordia; y al día siguiente, jueves 6, se manifestará en esta Catedral con misa el Augustísimo Sacramento del Altar, entonando el Tedeum laudamus en acción de gracias por tantas y tan divinas piedades. Por todo lo cual, y para que todos se prevengan con la correspondiente disposición y humillación debida a un acto tan piadoso y de tanta edificación y consuelo, mandamos despachar y despachamos este nuestro Edicto de general noticia a todos. Dado en Cádiz a cuatro días del mes de Noviembre de 1755.—FRAY TOMÁS, OBISPO DE CADIZ.—Por mandado de S. I. el Obispo mi Señor, DON LUCAS LÓPEZ DE BARRIOS.

El día 8 de ese mismo mes la Cofradía del Rosario sacó la imagen de la Virgen, pasándola alrededor de las murallas para general consuelo del afligido pueblo gaditano; siendo entonces, en ese mismo día, cuando nuestro Ayuntamiento acordó elevar sobre una columna la efigie de la Virgen del Rosario en el sitio que pareciera más oportuno, así como nombrar Patrona titular a la Virgen Santísima bajo

La Virgen del evocativo cuadro



Precioso detalle del retablo de la calle de la Palma

tan devota advocación, agregando—dice el acuerdo—en la forma que parezca más regular y sagrada el título del Santísimo Rosario. La erección de esta columna dió lugar a muy curiosos incidentes, que no son imprescindibles en este lugar. Dicha columna no se erigió hasta el año 1763, sieudo terminada, ¡por fin!, por el tallista genovés Jácome Baccaro, ya que fué empezada y seguida su construcción por otros artífices que por causas distintas no hubieron de continuarla.

Ahora bien, la Musa popular, como siempre, aprovechando toda coyuntura para ofrecer a todos los tiernos brotes de su inspiración, y tomando asunto del dicho maremoto, prontamente dió a la imprenta los adjuntos «Afectos fervorosos» o letrillas (reimpresas el año 1873, en la tipografía «Iberica», de F. Arjona), que se cantaron por todos los lugares de nuestra ciudad:

Madre y Señora,
Mística Palma,
Tú sola eres
Nuestra Esperanza.

—

No hay mucho tiempo
que por tu causa
se libró Cádiz
de una desgracia.

Madre y Señora, etc.

Al ver tu imagen,
¡oh, Madre amada!,
se retiraron
al mar las aguas,

Madre y Señora, etc.

De Todos Santos
se celebraba
en aquel día
la fiesta sacra.

Madre y Señora, etc.

Era la hora
en que las aras
cultos debidos
a tu Hijo daban,

Madre y Señora, etc.

Cuando la tierra
toda temblaba,
y sus vaivenes
horrorizaban.

Madre y Señora, etc.

¡Hora funesta!
¡fatal desgracia!
tan fuerte y triste
como impensada.

Madre y Señora, etc.

Los edificios
todos chocaban
unos con otros
con fuerza extraña.

Madre y Señora, etc.

Después, furiosas
del mar las aguas
entran soberbias
por las murallas.

Madre y Señora, etc.

Hasta las nubes
se levantaban
terribles olas
como montañas.

Madre y Señora, etc.

Por esas calles
sin freno entraban,
casi anegando
todas las casas.

Madre y Señora, etc.

Un tierno infante
que reposaba
víctima triste
fue de las aguas.

Madre y Señora, etc.

Otros, llorando,
su madre abrazan,
temiendo el riego
que amenazaba.

Madre y Señora, etc.

Las casas dejan
desamparadas,
y por tu Imagen
todos clamaban.

Madre y Señora, etc.

En este punto
con confianza
un Sacerdote
tu Imagen saca.

Madre y Señora, etc.

Y éste devoto
dice a las aguas:
«Todas tus furias
de aquí no pasan.»

Madre y Señora, etc.

Pero ¡oh prodigio!,
que a estas palabras
las olas hacen
la retirada.

Madre y Señora, etc.

El mar altivo
huye y se amansa,
retrocediendo
su furia y saña.

Madre y Señora, etc.

De tu Capilla
todos se amparan,
dando a tu Imagen
rendidas gracias.

Madre y Señora, etc.



La procesión de Ntra. Sra de la Palma
en su visita al Hospital de Mora

Otras muchas coplillas contiene el viejo ejemplar de donde copiamos las aquí insertas y que como decimos antes se cantan en la procesión que todos los años sale de la mencionada Parroquia de la Palma, para recorrer el barrio propio, en conmemoración de aquel tan notable maremoto, del cual hoy nosotros quisimos trazar un deficiente bosquejo en este segundo centenario de aquella desolación. Y como precioso documento damos a conocer algo que extraído del Archivo parroquial de la Palma, por la imponderable amabilidad del Illmo. Sr. D. Antonio Ternero Pérez, Chantre de esta S. I. Catedral y Mayordomo de la Archicofradía respectiva, ha de avalar en mucho lo que piadosamente evocamos en esta modesta obrita:

Texto del acuerdo tomado por el Cabildo General de la Archicofradía y Primera Compañía Espiritual del Rosario y Nuestra Señora de la Palma

Celebrado el catorce de Diciembre de mil setecientos cincuenta y cinco

«Después de lo cual, por algunos de los concurrentes se hizo presente que siendo notorio el visible milagro que experimentamos de nuestra amantísima protectora María Santísima de la Palma el día 1.º de Noviembre próximo pasado, pues fenecido el fuerte terremoto que se experimentó en esta Ciudad (y en la mayor parte del Reino), sobrevino la alteración del mar, cuyas olas con mucha ferocidad inundaron el barrio de la Viña y hasta la calle de Capuchinos, y que habiéndose sacado el guión de nuestra Capilla a la calle y portada de ella, sin embargo de lo muy enfurecido que venía el mar, se detuvo y retrocedió desde las primeras cuatro esquinas inmediatas a la misma Capilla, sin pasar adelante, antes bien volvió el mar a su centro, habiendo causado en el barrio considerables daños y algunas muertes, y que en acción de gracias de habernos libertado de este tan visible riesgo era correspondiente se sacase en procesión la imagen de Ntra. Sra. de la Palma, lo que así se acordó de conformidad y para disponer el día, modo de la salida y estación de la procesión se nombraron por Diputados a D. Francisco Macías, Capellán de nuestra Capilla, y a mí el Secretario, con las facultades que para ello fueren necesarias.—
Juan Jiménez de Sandoval.»

N. del A.—La anterior «constancia», que, como el lector supondrá, figura en el acta de origen con la reversada escritura de la época, ha sido adaptada a nuestro modo de escribir actual, para la más cómoda lectura de cuantos se interesen por este obrita.

CAPÍTULO VIII

Donde se perpetúa tan portentoso y extraño hecho

Los años han pasado. De aquellas horas de desconcierto y dolor, de prueba y de triunfo de la fe, ya no existe nadie. Pero las gracias de MARIA son eternas, son inmortales. Por eso se recuerda, se vive en cierto modo hoy aquella que venimos añorando. Y aunque todo lo borra el tiempo (según se ha dicho con más o menos base), sin embargo, en memoria de este hecho que acabamos de narrar, se pusieron en la fachada de una casa (la número 6 de la calle de la Palma) y señalando el punto de la dicha calle hasta donde llegaron las aguas y en el que fué clavado el estandarte de la Virgen, el cuadro que todos pueden ver (obra del pintor gaditano Quintín de Torres, aunque al ser maltratado por las turbas durante los tristes sucesos de Julio de 1936 hubo de ser reconstruído totalmente por otro artista de Cádiz, Félix Quijada, subvencionado por el Excmo. Sr. D. Ramón de Carranza), y una lápida cuadrangular, de fondo oscuro y letras doradas, al pie, con la siguiente inscripción (dos octavas reales):

«En el año de mil y setecientos
y más cincuenta y cinco, primer día
de Noviembre, la Tierra, en violentos
vaivenes de un temblor se estremecía.
Enfureciendo el mar sus movimientos
por los muros de Cádiz se subía
preparando entre horror, ansias y males
el último suspiro a los mortales.

Un sacerdote saca fervoroso
un guión de la Virgen de la Palma.
«De aquí no pases», dice al mar furioso,
y al punto el mar se vuelve y todo calma.
Por caso tan notable y prodigioso
esta Ilustre Hermandad con vida y alma
de Dios y de MARIA en honra y gloria
erigió en gratitud esta memoria.»

Igualmente, todos los años, en el día 1.º de Noviembre, sale de la capilla, a la hora en que tuvo lugar la inundación, la Hermandad de la Virgen de la Palma, rezando el rosario y llevando el Crucifijo y el estandarte que llaman «del ter emoto», hasta dar vista al Campo del Hospicio, en el sitio en donde aquella mañana rompieron las olas los muros de Cádiz. Terminado el rosario se celebra en la misma iglesia de la Palma función de acción de gracias, para la que la Santidad de Pío VII concedió en Junio de 1802 el privilegio de cantar Misa votiva de la Santísima Virgen, no obstante la festividad de Todos los

Santos, que ocurre en dicho día. Por la tarde, como ya dijimos, hay procesión solemne, anunciada con explosión de cohetes, que recorre las calles de la feligresía, así como el Campo del Sur, conocido antiguamente por «del Salado.»

Y por mucho tener que agradecer aquel consternado pueblo de Cádiz, pasados los luctuosos momentos de aquella catástrofe sin igual, al final de cuyos efectos se hallaron en la calle de la Palma unos seis u ocho cadáveres, que fueron trasladados a la capilla de la misma calle para su identificación, fué por lo que un mes después del maremoto, el 26 de Diciembre, se celebró en dicha histórico santuario de la Virgen una solemne función de gratitud a Ella, y merced a su socorro podemos ahora refrescar la memoria de aquel mediodía en que velado el cielo por la sutil encajería de las marineras ondas, descorrió luego sus rebozos de espuma para dejarnos ver nada menos que el Amorosísimo Corazón de MARIA hecho portento clamoroso, hecho concha milagrosa en que recoger los oleajes de mayor braveza y, al mismo tiempo, ¡oh extraña paradojal, de asombrosa humildad ...

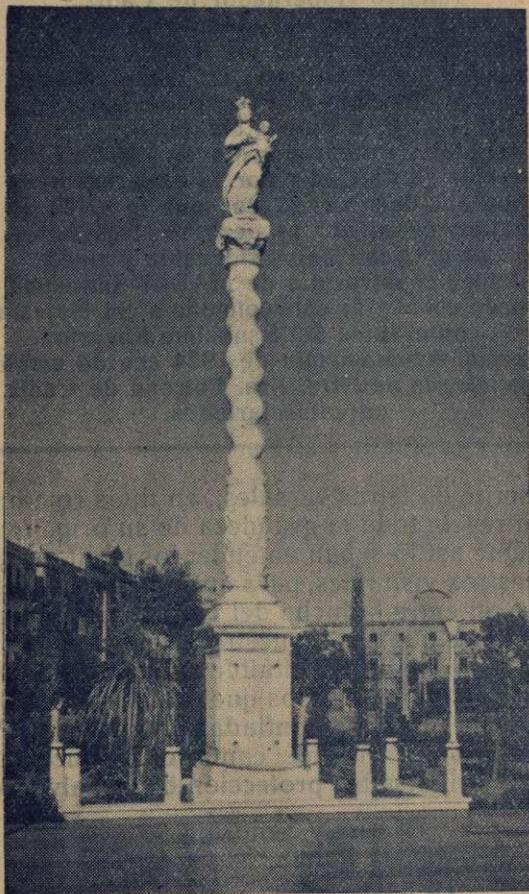
CAPÍTULO IX Y ÚLTIMO

En el que finalizamos nuestra ingenua labor tratando del Triunfo del Rosario

Ya se ha relatado por plumas más autorizadas que la nuestra lo mucho que nosotros pudiéramos comentar acerca de la alba columna salomónica que en muestra de agradecimiento a Nuestra Señora del Rosario por el favor que ha motivado este librito se alza hoy en los jardines de nuestra hermosa Avenida Ramón de Carranza. Y pues el repetir nos haría caer en lo monótono, en lo redundante y en lo prolijo, cerremos las páginas de este librito consignando la inscripción que en su parte inferior fronteriza deja a la lectura de cuantos al pasar ante dicha deben descubrirse. Porque allí está Cádiz, representado por su Patrona, de cuyo patronazgo se recibió en Cádiz el Breve Pontificio el 5 de Septiembre de 1867, por gestión personal del entonces obispo de Cádiz (gaditano de nacimiento) D. Fr. Félix María de Arriete y Llanos, y celebrándose solemnes fiestas por tan fausto acontecimiento el sábado 5 de Octubre del mismo año, con procesión de la Virgen, para ser llevada de Santo Domingo a la Catedral, en donde tuvo lugar Misa de Pontifical con sermón, todo con asistencia de ambos Cabildos, el Eclesiástico y el Secular.

La citada inscripción del Triunfo del Rosario reza así, en caracteres que en la fecha en que esto escribimos son bien ilegibles, aun-

El Triunfo del Rosario



Columna erigida en conmemoración del auxilio prestado por Nuestra Señora en el maremoto, y en agradecimiento, asimismo, por tan señalado favor.

que logramos retener en nuestros apuntes aquella tarde en la que tuvo lugar su inauguración:

«Reinando el Sr. D. Carlos III
siendo Gobernador de Cádiz
el Excmo. Sr. D. Antonio de Azlor,
Teniente General de los Reales Ejércitos
y Diputados los Sres. D. Juan de Huarte
Regidor de Preeminencia
y D. Mateos Montalbo
Regidor y Procurador Mayor Año de 1761
la Ciudad de Cádiz por la experimentada
libertad del esirago con que la amenazó
el terremoto del primero de Noviembre
de mil setecientos cincuenta y cinco
debida al patrocinio de MARIA Santísima
acordó cons. g. rar esta columna a Su Majestad
con el título del Santísimo Rosario
El Excmo. Ayuntamiento de 1954 acordó emplazar
la imagen de Ntra. Sra. Patrona de Cádiz
en estos jardines.»

Todo va escrito en letras versales, en tipos romanos y en su relativa concisión revela toda la grandeza de su origen y toda la piedad de su fin. Que así lo sepan entender los gaditanos, y así lo acepten también nuestros visitantes, para que al través de los días de unos y de otros, prevean entre la lucha del cotidiano vivir que sobre las mil recomendaciones que para nuestros negocios busquemos entre nuestros coetáneos está el insustituible valimiento de MARIA, que es realmente sostén y columna de los que desfallecen en la vida, precisamente por no saber recurrir confiadamente a Ella. Pues haciéndolo así, seguramente tendremos que cantar como nuestros antepasados conmovidos ante la innegable protección de la Salvadora de Cádiz:

«Madre y Señora,
Mística Palma,
Tú sola eres
Nuestra esperanza.»

FIN DE LA OBRITA

OBRAS DE ADOLFO VILA VALENCIA

TEATRO

- «**¡A la Cunal!**», boceto dramático en un acto, en prosa, año 1924 —*«**Las cigarreras de Cádiz**», sainete en un acto, dividido en dos cuadros y en prosa, año 1926.—*«**La mártir de la sierra o El loco de las minas**», tragedia rural en tres actos y en prosa, año 1927 —«**El príncipe Risueño**», disparate cómico en dos actos, divididos en seis cuadros, en prosa y verso, año 1928 —*«**Los ruegos a San Antonio o En la tina, Celedonio**», entremés, año 1930.—«**Y una vez dueño y señor...**», cuadro social en tres actos y en verso, año 1931.—*«**¡Viva Serafín!**», sainete en un acto y en prosa, año 1933.—*«**San Juan Bautista de la Salle**», poema en tres actos, divididos en seis cuadros, año 1937.—*«**¡Vamos al frente!**», diálogo cómico patriótico, un acto, año 1937.—«**Dos paquetes de galletas**», juguete cómico en dos actos y en prosa, año 1941.—«**El Mayoral**», propósito navideño en un acto y en verso, año 1942.—«**En el día de Reyes**», propósito navideño en un acto y en prosa, año 1942.—«**Tras un ángel del Señor**», propósito navideño en un acto, en verso, año 1942.—«**El corazón cautivo**», auto sacramental mercedario, año 1945.—«**Regina Angelorum**», loa mariana, precedida de una invocación, año 1945.—«**Panem de Celo**», auto sacramental eucarístico, año 1946.—«**La joven Cádiz**», revista comico-lirica en un acto, dividido en cinco cuadros, prólogo y epílogo, en prosa y verso, año 1954.—*«**La hermosa pecadora**», leyenda bíblico-dramático-amatoria, en tres capítulos y siete episodios, en prosa, 1955.

Las señaladas con asteriscos han sido estrenadas por compañías de profesionales y las otras por cuadros artísticos.

- «**De más poder que la muerte**», año 1948.

PRENSA

- «**Ilustración Artística**», revista mensual, año 1922.

POESÍA

- «**Los mejores claveles**», poemas diversos, año 1931.—«**Sembradores del bien**», poema, año 1933.—«**Romancero espiritual mariológico**», vida de la Santísima Virgen en verso, año 1950.—«**Figura y gloria de San Juan Bautista de la Salle**», estampas radiofónicas en tres emisiones, año 1951.—«**Ripios tipográficos**», anécdotas relacionadas con la Imprenta, año 1951.—«**Lira escolar**», fábulas y otras poesías, año 1955.—«**Panderetas gaditanas**», poemas breves, año 1955.—En prensa, «**El amor no es un pecado**», poemas inmorales.

PROSA

- «**Chispazos**», miscelánea literaria, prosa y verso, año 1923.—«**Vibraciones posteriores**», miscelánea literaria, prosa y verso, año 1931.—«**La Cruz de Cristo**», apuntes circunstanciales, año 1933.—«**¡Viva España!**», miscelánea literaria, prosa y verso, año 1936.—«**De la vida y de los hombres**», temas patrióticos, año 1937.—«**Mariología**», temas varios sobre la Reina de los Angeles, año 1945.—«**Estampas líricas del Stmo. Cristo del Perdón**», escenas populares, año 1946.—«**La Virgen de Cádiz y su Coronación canónica**», glosas marianas, año 1947.—«**Corpus Christi Gaditano**», impresiones, año 1948.—«**La fiesta del Corpus en Cádiz**», impresiones, año 1951.—«**Cosas de Cádiz**», añoranzas costumbristas, primera y segunda parte (dos tomos) año 1952.—«**A la orilla del mar**», narraciones de tierra afuera, año 1953.—«**Cádiz en sus fiestas típicas**», glosas diversas, año 1954.—«**Del Cádiz castizo**», postales en relieve, año 1954.—«**Corpus Gaditanos**», impresiones, año 1955.—«**Peregrinas historias de dos Niños milagrosos (el de la Julieta y el de Praga)**», año 1955.—«**Episodios gaditanos**» (El maremoto de 1755), año 1955.—En prensa, «**Médicos canonizados**», florilegio.—«**Sinfonía veraniega**», páginas de horror y de verdad.

Continúa en la página anterior)

Para pedidos a su autor, calle de la Torre, núm. 40, primero :: CADIZ